

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: SU UNIVERSO MENTAL

Luis J. Fernández Rodríguez y Elena Casas Santero

RESUMEN

El artículo se acerca al universo mental de Juan Ramón Jiménez mediante una reflexión psicológica a partir de su propia obra. Se centra en algunas de sus características o rasgos más relevantes en su forma de actuar y vivir tales como sus vivencias infantiles, la melancolía, su tendencia al aislamiento social, su hipocondría y fobia a la muerte o sus vivencias acerca de sus amos. Dichas características son analizadas desde la descripción y el análisis psicológico.

ABSTRACT

The article approaches Juan Ramon Jiménez's mental universe through a psychological reflection out of his own work. It focuses on some of the characteristics or most relevant aspects of his way of behaving and living, such as his childhood experiences, melancholy, his tendency to social alienation, his hypochondria and death phobia or his experiences on love affairs. Such features are analysed starting from the description and psychological analysis.

RÉSUMÉ

L'article se rapproche de l'univers mental de Juan Ramón Jiménez à travers d'une réflexion psychologique à partir de son propre oeuvre. Il tourne autour de certaines de ces caractéristiques ou traits les plus remarquables; sur sa façon d'agir et de vivre, tels que ses expériences d'enfance, la mélancolie, sa tendance à l'isolement social, son hypochondrie et phobie à la mort et ses expériences sur ses amourettes. Ces caractéristiques sont analysées dès la description et l'analyse psychologique.

El universo mental de Juan Ramón Jiménez siempre ha tenido interés para los estudiosos de la mente, por *su inmensa personalidad, tan poco conocida por debajo de trivialidades más o menos intencionadas* (1) en la que es posible detectar diferentes *desarreglos* emocionales, por los que nuestro poeta fue atendido en repetidas ocasiones por prestigiosos médicos y psiquiatras y por los que precisó varios ingresos en clínicas psiquiátricas de Francia -*Maison de Santé du Castel D'Andorte* en Le Bouscat, cerca de Burdeos en 1901-, España, en Madrid -Sanatorio del Rosario en 1902-, y posteriormente en Estados Unidos y Puerto Rico.

Debe quedar claro que no es objetivo de este artículo acercarnos a su simbolismo, ni realizar un estudio global acerca de la psicología de Juan Ramón, ya que existen varios trabajos publicados al respecto, algunos en

forma de tesis doctoral. Tampoco este artículo pretende caer en el reduccionismo psicopatológico, ni centrarse en un enfoque psicométrico ni psicoanalítico al acercarse a la mente, la conducta y la vida de Juan Ramón Jiménez desde la postura psiquiátrica o psicológica.

El objetivo es ofrecer un objeto de reflexión psicológica a partir de su propia obra o de la de los que le conocieron, y en algunos casos, de la de los que dedicaron sus esfuerzos a estudiarle, centrado, por razones pedagógicas, en algunas de las características o rasgos considerados más relevantes en su forma de actuar y vivir, algunas veces desde la descripción y otras –las menos- desde el análisis psicológico. Y lo hacemos así porque como Jorge Luis Borges afirma del poeta (2):

En su obra no hay ideas; Jiménez es demasiado inteligente para ignorar que las ideas son novelarías que se marchitan pronto y que la labor del poeta es representar ciertas eternidades o constancias del alma humana.

Y esas eternidades o constancias del alma humana que Juan Ramón nos presenta son, claro, las de su alma. Poeta lírico por excelencia, nos proporciona con su obra una excelente ventana por la que observar su figura con cierta claridad, si hacemos previamente un ejercicio de alfabetización en su simbolismo.

Aunque Juan Ramón Jiménez ha sido definido como fóbico de la muerte, obsesivo, siempre hipocondríaco, hondamente melancólico y narcisista patológico (1-11) en este artículo nos centraremos solamente en sus vivencias infantiles, su melancolía, su tendencia al aislamiento social, su hipocondría y fobia a la muerte y sus vivencias acerca de sus amoríos.

Antes de seguir, queremos aclarar que todos tenemos un poco de melancólicos, de obsesivos, de fóbicos y que nadie se asuste cuando se utilicen estos términos: No al etiquetaje psiquiátrico, no a la categorización y sí a la dimensionalidad. (3)

SUS VIVENCIAS INFANTILES

El mismo se describe (4):

"Nací en Moguer, la noche de Navidad de 1881. Mi padre era castellano y tenía los ojos azules; y mi madre, andaluza con los ojos negros. La blanca maravilla de mi pueblo guardó mi infancia en

una casa vieja de grandes salones y verdes patios. De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y era gran amigo de la soledad"

Juan Ramón era enfermizo: ya nació con un bloqueo funcional de corazón. Él mismo se define (5):

"De niño yo era una fierecita (dicen), daba tiros y garrotazos a todo, perros, gorriones, tortugas, cristales, menos mal que la escopetilla era de salón y casi no hacía blanco más que cuando apagaba con ella mi vela, antes de dormirme, y supongo que esto sería porque la vela se apagaba sola. Y sin duda, como castigo de Dios, tuve, de niño, todas las enfermedades de los niños y, varias veces, el garrotillo, y la alferecía tetánica, cuyos nombres daban sus buenos sustos a mi familia".

También era enamorado, como podemos ver en su primera vivencia del amor, Pepita Gonzalo (6)

"El teatro, los barcos anclados, el helado, el cafetín, el agua a la mano, las luces dulces... Al salir, en el olor a gas de la calle del Puerto –olor que entonces era para mí señal de cosmopolitismo-, en la acera ancha, Pepita Gonzalo que me mira confusa, al irse, con sus ojos verdes de niña de fuera, elegante, extraña para mí, niño fino pero tosco de maneras, triste... Luego, mi prima me dice que ella "me quiere"... Retorno a Moguer por la carretera –¡qué triste!- con esa angustia de madrugada de la imposibilidad de una cosa posible vista desde fuera... El primer sentimiento de la mujer delicada, fina, sutil, incorpórea, hermana del sueño y de la enredadera, me lo dio Pepita Gonzalo... ¡Cómo soñaba, y con qué pena, yo, niño basto de pueblo, basto, basto, basto, con Pepita Gonzalo!

MELANCOLÍA

La idea de lo melancólico (bilis negra, hipocrática) o lo atrabiliario (etimología latina) ha variado a lo largo de la historia de la psiquiatría. Aunque el concepto de depresión melancólica actual es muy específico y se diferencia de las concepciones iniciales, se considera el primer libro que describe la melancolía de una forma moderna. Fue escrito en 1621 por un clérigo inglés que firmó con el pseudónimo de *Democritus junior* -Robert Burton-, titulado "Anatomía de la melancolía" (7). Aunque debe entenderse sus conceptos no son actuales desde el punto de vista técnico, su gran interés histórico y literario, nos anima -a modo de homenaje- a citar algunos de

los "síntomas" de melancolía de Burton, que encajan con la figura de Juan Ramón Jiménez.

... "Tales enfermos son generalmente de carácter hosco, de aspecto tétrico y poco agradable, a causas de sus temores, pesares, torpeza y lasitud. Demuestran ineptitud en la realización de cualquier tarea o en el ejercicio de alguna profesión. Sin embargo, su memoria es buena por lo común; suelen tener agudo ingenio y gran perspicacia".

... "La naturaleza cálida y seca de su cerebro explica que su sueño sea anormal y pasen muchas horas en vela..." (7-127)

... "suelen imaginarse que un espíritu maléfico anida en su profundo cuerpo y destila en él ponzoña" (7-131)

... "sienten disgusto por todas las cosas y un tedio invencible... pues el vivir les causa fastidio y conciben ideas de violencia contra su propia integridad personal. Este tedio es un síntoma muy frecuente y va acompañado por una gran inconstancia en los deseos... Aunque la existencia les resulta insoportable, comúnmente no llegan al suicidio y puede aplicárseles la frase Séneca: "Vivere nolunt, mori nesciunt"... (no quieren vivir, pero no saben morirse) las lamentaciones son continuas" (7-133-34)

... "son comúnmente enamoradizos" (7-135)

... "aún cuando la melancolía se encuentre en una fase avanzada, su pensamiento es lúcido y penetrante, pues el mal de que tratamos favorece las meditaciones" (7-135)

... "Generalmente la vergüenza o la timidez los induce a rechazar homenajes, cargos y ascensos; les impide hablar en público y hace que se contenten con su situación, carentes de voluntad para escoger un oficio más ventajoso del que ejercen" (7-136)

... "En cuanto a su afición a la soledad, un autor se pregunta si se debe al goce o al temor. Por mi parte diré que se debe a entrambas cosas, aunque es el miedo y la tristeza el móvil predominante" (7-136)

"Los sometidos al designio de Mercurio (Hermes griego- Dios del comercio, del lenguaje) son contemplativos y entre ellos muchos descuellan como poetas y filósofos de espíritu sutil". (7-137)

De manera similar les definen sus amigos y se expresa en su poesía. Villaespesa, en el "Atrio" que precede a *Almas de violeta*, libro en el que comienzan a aparecer demonios interiores de Juan Ramón, se refiere a nuestro poeta como el poeta exquisito en melancolías y ensueños vagos (8)

"Es un alma enferma de delicadezas; alma melancólica que, asomada a la ventana del Extasis, espera silenciosa la llegada de algo muy vago... El Amor... La Gloria... Tal vez la Muerte. Sus poesías respiran Dolor... El inconsolable, el Dolor resignado de la Desesperanza.

El tercer libro de Juan Ramón (*Rimas*) incluye los versos que había escrito durante su ingreso en Francia y algunos versos expurgados de los dos primeros libros. Según González Duro justificaba la escritura de "Rimas"; libro del que tanto abominaría después, *por la melancolía que sufría en ese tiempo, en que la muerte del padre le había sacado bruscamente del mundo del ensueño en que había vivido casi siempre, separándolo de lo radicalmente suyo: "Yo necesitaba conocer mi persona, fácil y largamente sin más belleza que la del hilo del llanto interior iluminado por el espíritu del poniente". Por el momento, renunciaba a convertir en poesía las fuertes experiencias vividas en Francia, utilizando formas expresivas sencillas.* (1)

Estos sentimientos se reflejan, exquisitamente, en una obra escrita entre los años 1910-1911 y que titula *Melancolía* (9). De este libro queremos destacar tres preciosos poemas con gran capacidad ilustrativa:

*El florido rosal decora el mausoleo
con lánguidas guirnaldas de rosas sepulcrales.
Se dijera un violento renacer del deseo
muerto, frente a los resplandores estivales.
-Alto, el ocaso inmenso, rejío de mariposas
transparentes, se abre en un delirio de oro,
y arrastra, sobre el cálido anhelar de las rosas,
la maravilla errante de su irreal tesoro-.
¡Adiós!... ¡No!
Un adiós lento, eterno, inextinguible,
flota en la palpitante angustia del ambiente.
¡Parece que se va a realizar lo imposible;
que va a hablar , con su voz nunca oída, el poniente! (10)*

*La tarde iba jugando con colores suaves,
por distraer la pena y el tedio de mi vida.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: SU UNIVERSO MENTAL

*Sobre el campo incoloro del fondo del ocaso,
abrió y cerró cien flores de luz y de armonía.
¡Qué rosa! Se encendió, se hizo triste, cayó
en el río, lo mismo que una frente marchita.
Después fue un malva lento, mate, que recordaba
no sé qué melancólica boca descolorida.
¿Un suspiro? Era un oro que pensaba, doliente,
en algo que no se ve nunca. ¿Una sonrisa?
Era como en los labios de no sé quién, que en sueños,
una tarde, no sé ya dónde, sonreían.
¿Unos ojos azules? Los ojos se cerraron.
¿Una mano? La mano, dulce, se despedía.
No quedó más que un vago cristal, como un desierto,
Sin nada, ¡y lleno de nostalgias infinitas! (11)*

(LA VOZ VELADA)

*La tarde hace más grande mi dolor, más oscuro.
Como un fantasma, se adelanta el remordimiento
y, con dedos de sombra, escribe sobre el muro
un Mane Thecel Phares inminente y sangriento.
Con el llanto que brota mi corazón, habría
para colmar un mundo de miseria y de escoria;
las nubes pasan negras, y me ponen umbría
la ilusión, frío el sueño, y medrosa la gloria.
¡Oh, qué mano pudiera desbaratar lo hecho,
clavar en cada espina una hoja de rosa,
poner la tarde en orden, y convertir el pecho
en una estrella grande, serena y luminosa! (12)*

(HOY)

TENDENCIA AL AISLAMIENTO

Ya de niño, Juan Ramón Jiménez era amigo de la soledad. Recordemos lo ya citado:

“De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y era gran amigo de la soledad”. (4)

El propio poeta escribe en una pequeña autobiografía titulada “Habla el poeta” que publica en 1907 en el número 7 de la revista *Renacimiento* que su amigo Gregorio Martínez Sierra dirigía (13).

Ahora, esta vida de soledad y de meditación, entre el pueblo y el campo, con el rosal de plata de la experiencia en flor, la indife-

rencia más absoluta para la vida y el único alimento de la belleza para el corazón.

En un balance autocritico dice que su vida y su obra podrían resumirse...

En unas palabras del Kempis: Si atiendes a lo que eres dentro de ti, nada te importará lo que hablen de ti los hombres.

Posteriormente, intelectualiza esta tendencia a la soledad en el segundo volumen de "Apartamiento"... (14)

Deja que digan. Todo es nada. Sólo vale la convicción suprema de la eterna armonía.

Lo que le supone continuas batallas entre el instinto y la inteligencia...

La voluntad flaquea; y, en raptos de inconsciencia, se muerde y se desgarrá con dientes y con uñas.

FOBIA A LA MUERTE E HIPOCONDRIA

A finales de mayo de 1900, Juan Ramón, vuelve a Moguer y se encuentra a su padre con una salud muy delicada, prácticamente inválido. Ya Juan Ramón comienza a anticipar su muerte en forma de premoniciones (15)

Todas las supersticiones oídas que nunca antes le habían importando nada se le presentaban entonces en un sentido absurdo. La lechuza por la montera abierta; el moscardón, la mariposa negra, el calenturero, el perro aullante de la madrugada. Cada golpe de misterio, en espíritu alerta, lo hacía huir, loco, con un golpe en el corazón.

Estas premoniciones le van generando una angustia intensa que describe de forma muy bella en un texto titulado "Mi padre" de la serie *Vida y época* (16)

En verano sentábamos a mi padre en el patio de mármol entre el jardín y el zaguán. A las doce se lo llevaban mi madre y mi hermana Victoria, a acostar. Y a veces se quedaba allí solito, sin decir nada, como si no hubiera nada, mirando todo distraídamente... Entonces yo me iba al jardín a ver la tierra ne-

gra de los arriates –la tierra negra del jardín que me gustaba tanto-, donde en la noche clara se velan las hormigas, la maraña del jazmín y sus hojas, las estrellas del cielo; y no sé qué adivinación lenta y cada vez mayor, como un barco que avanzara desde las estrellas, me iba acercando, como una realidad, como una existencia de lo futuro, la pena inmensa

Cuando, por fin, muere su padre, Juan Ramón describe magistralmente el impacto que le produce... (17)

Una tarde de hondo verano, yéndose ya el sol por el cielo limpio, estaba yo paseando como de costumbre por el patio de las flores, de mi casa de la calle Nueva, de Moguer, en el rincón del solano... Por la reja del comedor, al fondo de la casa oscura, habitaciones cúbicas en tren, vi pasar un cura para el cuarto de mi padre. Yo no sabía que hubiesen avisado a un cura... El cura, que no conocí en la sombra ni supe luego nunca quién fuera, dejó una negra sombra extraña en mí, sombra de sotana de cura, de la muerte. Y aquella noche yo no comí... Yo quería salirme de mí y salirme de mi casa. El patio de las flores, el corral empedrado, tan grande. El patio de mármol, sobre todo, me ahogaba. Volaban por el cielo unas nubecillas rosas y amarillas y las golondrinas y los aviones me parecía que volaban sobre un pozo. Me subí corriendo a la azotea. La puesta del sol sobre Huelva, sol cobrizo contra el que los vapores negros eran como grandes ataúdes, lo que nunca antes había pensado, me parecía la puesta de mi padre, mi misma puesta. Yo nunca había sentido antes tampoco, que quería tanto a mi padre y en aquel momento se me acumulaba el cariño hasta ahogarme. Por aquella época, los sucesos tristes o alegres de mi casa quedaban en mí mucho más dentro que la apariencia. Yo era muy tímido con mi madre y mi hermana menor, y con mi hermano tenía poca confianza... Y yo nunca reaccionaba con palabra ni gesto ni hecho, reaccionaba todo en uno echándome como si me tirara a un barranco... A las doce de aquella noche, cuando estábamos sentados todos, como de costumbre, en los balancines del patio de mármol y yo no quería pensar en lo que estaba ocurriendo con mi padre, la lechuzas usual silbó varias veces sobre la montera con luna; y cada silbido fue en mí un escalofrío. Las lechuzas que vivían en el campanario del convento de las monjas, pasaban silbando todas las noches sobre mi casa, pero aquella noche yo hubiera querido matarlas con mi escopeta. Cada vez que silbaban, mi madre se levantaba nerviosa y se iba a la cristalera del patio de las flores. Si tardaba, yo me iba con ella y miraba, por no mirarla a ella, la luna rara por los cristales azules donde a veces me encontraba con los ojos de mi madre, que tampoco quería mirarme... Yo no me acuerdo cuándo me fui a dormir o cuándo me llevaron a la cama, pero a la

madrugada me despertó un grito agudísimo. Era mi hermana menor. Mi hermano y yo, que dormíamos en verano en la misma sala grande de abajo, salimos repentinos de la cama. Nos encontramos varias veces como si no quisiéramos decidimos a ir al cuarto de mi padre. Y mi hermana menor gritaba. Cuando llegamos, sólo alcanzamos a ver que mi hermana tenía a mi padre en los brazos, alabastrina la frente y pensando como piedra sobre los almohadones. A nuestros besos, ya mi padre estaba frío. Lo supe mejor cuando lo besé en la sien.

Desde entonces desarrolla una ansiedad continua y una fobia a la muerte... (1)

Las noches se le convirtieron en pesadillas, con el corazón disparado y con un inmenso miedo a la muerte. La tensión acumulada le agobiaba y casi no la podía resistir, y de pronto, una noche no pudo más, sintió que se ahogaba y cayó al suelo, desvanecido. Este ataque se le repitió en días sucesivos, sintiéndose morir antes de desvanecerse, y le quedó un profundo temor a una muerte repentina. Sólo le tranquilizaba la presencia de un médico. Su ansiedad constante había cristalizado en una fobia, en un temor mórbido a la muerte, que podría haber sido interpretado como un castigo por viejos deseos de muerte contra el padre, por la agresividad que sentía hacia él por haberle dejado en una orfandad insoportable. Como todo fóbico, calmaba su ansiedad buscando una protección externa, reclamando siempre la presencia del médico, una clara figura paterna que aliviaba sus sentimientos de niño abandonado por el padre. Los médicos le daban calmantes y le aconsejaban que no siguiera escribiendo... recurrió a Dios, fue a la iglesia, a las procesiones y se llenó de un misticismo avasallador, aunque lo único que realmente le tranquilizaba era la presencia de un médico.

Nuestro poeta vivirá a partir de entonces momentos en los que se siente tremendamente enfermo, tal como le dice por carta a Rubén Darío (18)

Mi salud no es buena, la taquicardia –que a veces llega a ser paroxística- de mi enfermedad nerviosa debe haber determinado una hipertrofia del ventrículo izquierdo a lo que puedo juzgar. Lo que piensan de esto los médicos no lo sé; pues, como usted comprende, ellos no dicen la verdad... si la saben. No puedo andar mucho porque viene la fatiga muscular y la disnea; así que paso el día en el jardín o en el cuarto de trabajo, leyendo, soñando, pensando, y escribiendo.

Por ello desarrolla una intensa dependencia de los médicos (1)

Un día, estando en la finca de Fuentepiña, amaneció en la puerta de la casa del doctor Almonte, que vivía casi al lado, impulsado por la necesidad que sentía de tener cerca un médico, cuando creía que no podía respirar y que se ahogaba... Por el pueblo circulaban toda suerte de rumores, no siempre bien intencionados, sobre la enfermedad de Juan Ramón, que apenas salía a la calle. Por fin, la familia, cada vez más preocupada, decidió proporcionarle la mejor atención médica. Por mediación de unos amigos de Burdeos, que representaban en aquella región francesa los vinos de los Jiménez, se le encontró acomodo en un sanatorio de los alrededores, bajo los cuidados del doctor Lalanne.

... en cuyo sanatorio no ingresó como un paciente más, sino que lo hizo en la propia casa del Doctor Lalanne.

Y... EL AMOR

Su primer referente de mujer, idealizada, y el referente de mujer a la que siempre habría de buscar fue Pepita Gonzalo. La conoció cuando Juan Ramón tenía diez años, de ella tenemos una descripción en "Entes y sombras de mi infancia" (6), tal como puede verse al principio del artículo.

Sin embargo, en contraposición con este amor *agapé*, platónico, también debió experimentar el erótico, el carnal. Debió ser seducido e iniciado sexualmente por una criada de su casa (1-28), un domingo de estío, tal como describe o imagina en "Baladas para después" (19)

Y ella me buscaba en el desván y allí me hacía gozar de la presencia de todos sus tesoros sensuales. ¡oh, aquella maraña frondosa ante mis ojos espantados de niño!. El ardor de la siesta era enorme y enorme la frondosidad de aquella mujer extraordinaria. (19)

Ya adolescente, en junio de 1896, Juan Ramón regresa a Moguer y se enamora de Blanca Hernández Pinzón. Le conocía de siempre -ya que sus familias eran amigas- y su noviazgo no pasó de unos cuantos besos cortos y furtivos, que posiblemente simultaneó con el amor de otra jovencita, María Antonia Flores, pariente de Blanca.

En su libro *Arias tristes*, en el poema titulado "Adolescencia" refleja lo extraordinariamente sencillo que fue el comienzo de la relación con Blanca para Juan Ramón (20):

*En el balcón un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana,
desde aquel día, éramos novios*

No se reencuentra con Blanca hasta ya adulto y le inspira *Baladas de Primavera*, escritas en 1907, que no fueron publicadas hasta 1910. Es amada de nuevo y el poeta se muestra anhelante de amor (21)

*Pon en mis carnes dolorosas
Tus carnes bellas como espuma
¡a ver si matas con tus rosas
estos rencores de mi bruma!*

Sin embargo, Blanca no se muestra muy cercana al poeta y éste se queja (22)

*Mi primera novia se ha muerto.
Le dedicaría un recuerdo...
Pero este amor está ya viejo.*

Antes de este reencuentro con Blanca, nuestro poeta tuvo encuentros amorosos mientras residió en Francia: Francine, Magdalena, Jeanne...

Marie-Francoise Larrégle (llamada familiarmente Francine – hipocorístico- o Francina -en español-) era una ayudante de cocina del sanatorio en que estuvo ingresado Juan Ramón en Francia, que por entonces tenía diecisiete años. La encontró en un "oculto sendero" de los jardines que inmortalizó en poemas posteriores. Con ella tuvo una cita amorosa real al poco de llegar Juan Ramón al sanatorio, el día 18 de mayo. Es la "Amada" de *Jardines lejanos* (23), y aparece en los poemas

- I (primera cita).
- XIV (Francina y Magdalena) un encuentro amoroso, en donde dice "*Las bocas de ellas ponen su fiebre en la mía*".
- XVII (besos de Francina). Aunque estos episodios tienen lugar en mayo, sin embargo el poeta habla de abril por razones métricas.
- XXV: Pese a sus alusiones al Rocío (Valle de Montemayor), farolillos etc. es una evocación de Francina: por la precisión a pie de texto: Burdeos, 1901. (23)

Juan Ramón Jiménez tuvo relación también durante su ingreso en Francia con Jeanne Roussie, la mujer del Dr. Lalanne, que por entonces tenía treinta y un años y tres hijos. Su encuentro amoroso debió darse en una propiedad de los Lalanne, cerca de la localidad de Nèrac y en ausencia del doctor, ya en agosto. Fue una fuerte pasión amorosa, un amor carnal, adúltero, secreto, culpable y epílogo de amargura que le dejó una profunda huella. (1-75).

Quedó reflejado en *Libros de amor*, en su sección II titulada "lo feo" , que a su muerte dejó inédito (24).

*¿Te acuerdas? Fue en el cuarto de los niños. La tarde
de estío alzaba, limpia, por entre la arboleda
suavemente humedecida, últimas glorias puras,
tristes en el cristal de la ventana abierta.*

*El maniquí de mimbre y las telas cortadas,
eran los confidentes de mil cosas secretas,
una majía ideal de deshojadas rosas
que el amor renovaba con audacia perversa*

*¡Oh, qué encantos de ojos, de besos, de rubores;
qué desarreglo rápido, qué confianza ciega,
mientras, en la suave soledad, desde el suelo,
miraban, asustadas, nuestro añoñ las muñecas!*

A los treinta y un años, nuestro poeta residía en Madrid, en la pensión "Arispé". Se quejaba, especialmente, de unos huéspedes ruidosos: un arquitecto norteamericano llamado Arthur Byne y su familia. Recibían muchas visitas con las que cantaban, tocaban el piano o charlaban en voz alta, lo que impedía a Juan Ramón concentrarse.

Pero aquellas quejas se tornaron en alegrías, ya que una de estas visitas fue la de Zenobia Camprubí Aymar, hija de un ingeniero jefe de Huelva. Tenía ella entonces veinticinco años. Era de tez blanca, ojos verdes, "gitanilla rubia", llena de seguridad, simpatía y desparpajo que aderezaba con una sonrisa atractiva y contagiosa. A nuestro poeta le impactó mucho, como le ocurría cuando conocía a una mujer nueva (1).

La ocasión se presentó a comienzos de verano, en un curso de vacaciones para extranjeros sobre lengua y literatura española organizado por el Centro de Estudios Históricos en la Residencia de Estudiantes. En ese curso, que duraba del 25 de junio al 4 de

agosto se habían inscrito los Byne y Zenobia Camprubí, de lo que se enteró debidamente Juan Ramón. Y al final de una de las conferencias, dada por su amigo Manuel Bartolomé de Cossío, consiguió que los Byne se la presentaran, y ambos iniciaron una larga y animada conversación sobre la Rábida. Palos, Moguer, Huelva, Sevilla, etc. Juan Ramón estaba entusiasmado con aquella joven rubia, esbelta de cuerpo y espíritu, de conversación brillante y agradable, y allí mismo le declaró su amor, a lo que ella respondió con evasivas. Desde ese día acompañó a la Residencia a los Byne y a Zenobia, pero no lograba vencer la resistencia de ella, y menos aún desde que su madre, doña Isabel Aymar, lo conociera en una de las conferencias.

De poco le sirvió a Juan Ramón el apoyo del padre de Zenobia, Don Raimundo Camprubí, ya que en aquella casa era la madre quien conseguía que imperara su voluntad. Sin embargo, a pesar de esta gran reticencia con respecto a Juan Ramón por parte de Doña Isabel Aymar, nuestro poeta y Zenobia siguieron viéndose por mediación de amigos. Así, poco a poco, doña Isabel lo fue viendo como un amigo de la familia, pero no entró en su casa hasta el 24 de diciembre de 1914, días después de haberse publicado la primera edición de *Platero y yo* y de que tuviera una considerable aceptación.

El año siguiente fue decisivo para la relación entre Juan Ramón y Zenobia al percatarse de que, además del cariño que se tenían, obtendrían "utilidad" en su unión (1): la traducción de obras de Tagore, de *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare o de una obra de la duquesa de Sutherland sobre la Primera Guerra europea.

No vamos a referirnos más a la relación entre ambos, ya que se aborda, suficientemente, en otros artículos y es profuso el poemario al respecto (Diario de un poeta recién casado, poemas y cartas de amor...). Es quizá, el aspecto más conocido del amor real en nuestro poeta.

Pero sí que, por último, queremos referirnos a la relación de Juan Ramón Jiménez con una amiga de ambos, Margarita Gil Roesset, de 22 años, que frecuentaba su casa, ya que estaba esculpiendo un busto de Zenobia, años después, en 1932.

El 29 de Julio de 1932 Juan Ramón había invitado a comer a Jorge Guillén y a su gran amigo, Juan Guerrero. Para confirmar su cita, llamó a casa del primero, y su doncella, Teodora, le comentó, entre angustiada y emocionada que no estaba en casa, porque la noche anterior los padres de

Marga (amigos de Jorge Guillén) notaron su falta y poco después descubrieron que se había suicidado, disparándose un tiro en la cabeza.

También habla con Demetrio, el portero de su casa, quien le dice que el día anterior, cuando salía de visitarle, observó cómo Marga se enjugaba las lágrimas y no cesaba de mirar, cuando se alejaba, al piso de los Jiménez. Le confesó que no le dio más importancia, ya que atribuyó sus llantos a que el padre de Marga estaba ingresado en el Sanatorio del Rosario, y que eso era lo que le disgustaba. Desconocía en ese momento que el padre de Marga había sido dado de alta esa misma tarde (1-294).

Dos días después se juntó el matrimonio Jiménez-Camprubí con Juan Guerrero. Los rostros de Juan Ramón y de Zenobia estaban particularmente serios. Hablaron de detalles de la vida de Marga, y especulaban acerca de la causa de su suicidio. Comentaron que su padre no entendía su forma de concebir el arte y que le había pedido que hiciera unas ilustraciones del Quijote, bien pagadas, que Marga no había hecho. Que quizás al ser dado de alta, esto supusiera una gran presión a la joven artista, por la posible recriminación paterna.... También comenta Juan Ramón que ella le había hecho una visita unas horas antes de suicidarse. Llevaba envuelto en un papel algo metálico que Juan Ramón miró, pero no se atrevió a tocar. Era el revólver por cuyo funcionamiento a su cuñado el día anterior, que nuestro poeta no reconoció. *¡Quién sabe si ella lo dejó pensando que yo conocía el objeto que era y de este modo podía evitarse el fatal pensamiento que la dominaba!*. (25), dijo Juan Ramón.

También comentó que habían estado hablando de un viaje muy largo que Marga quería hacer, y Juan Ramón le ofrece una buena maleta, con la que le invita a marcharse para convertirse en una gran artista..... También recuerda Zenobia en aquella conversación que Marga quería hablar con ella el día anterior y al ser imposible, ella mostró una gran contrariedad... (25)

Pero algo que no dijo Juan Ramón entonces fue que el mismo día del suicidio, Marga le había dado unos escritos. Mucho después de su muerte, entre sus papeles se encontró un texto dirigido a Zenobia que rezaba:

Zenobia, este manuscrito me lo trajo la propia Marga la mañana del día en que se mató. Como yo estaba muy obstinado en mi trabajo (.....). No se si lo miré ese día. No te lo he dado porque creo que era mejor no dártelo (...). Puedes leerlos. Pero no varíes el sentimiento por Marga, no pienses mal de ella (26)

El manuscrito iba dirigido a la propia Zenobia, a la que confesaba que se había enamorado de su marido, con un amor que sabía imposible y por el que le pedía perdón. Poco antes, la propia Marga escribió a su hermana Consuelo:

*Yo no se qué cosas sabe Juan Ramón de mí.....
Yo soy sola a querer (26)*

EPÍLOGO

Dice Juan Ramón en "Habla el poeta" (13):

*Y ya dentro de mi alma, rosa obstinada, me río de todo lo divino y de todo lo humano, y no creo más que en la belleza.....
Dadme siempre una mujer, una fuente, una música lejana, rosas, la luna –belleza, cristal, ritmo, renuncia, plata-, y os prometo una eternidad de cosas bellas.
He sido niño, mujer y hombre, amo el orden en lo exterior y la inquietud en el espíritu; creo que hay dos cosas corrosivas: la sensualidad y la impaciencia; no fumo, no bebo vino, odio el café y los toros, la religión y el militarismo, el acordeón y la pena de muerte; se que he venido a hacer versos.*

BIBLIOGRAFÍA

1. González Duro, Enrique. *Biografía interior de Juan Ramón Jiménez*. Ediciones libertarias. Madrid, 2002.
2. Jiménez, Juan Ramón, *En la torre*. Revista universitaria de Puerto Rico, julio-diciembre 1957.
3. Yániz Igal, Blanca, *Valoración de las actitudes de los profesionales de salud mental hacia los enfermos mentales*, Tesis Doctoral, 2002.
4. Jiménez, Juan Ramón, *Autobiografía y artes poéticas*, Madrid, 1981 (Ed. Los libros de Fausto).
5. Jiménez, Juan Ramón, *Revés de un derecho ya publicado. Ideología*. Edición de A. Sanchez Romeral. Antropos Barcelona, 1990.
6. Jiménez, Juan Ramón, "Pepita Gonzalo", de la serie *Entes y sombras de mi infancia*.
7. Burton, Robert, *Anatomía de la melancolía*, Ed. Espasa Calpe. Col. Austral. Buenos aires, 1947.
8. Villaespesa, en el "Atrio" que precede a *Almas de violeta*.
9. Jiménez, Juan Ramón, *Melancolía*.
10. Jiménez, Juan Ramón, *Melancolía*, 11: "El florido rosal".

11. Jiménez, Juan Ramón, *Melancolía*, 14: "La tarde iba jugando".
12. Jiménez, Juan Ramón, *Melancolía*, 18 y 19: TENEBRAE.
13. Jiménez, Juan Ramón, "Habla el poeta", 1907, *Renacimiento*, nº 7.
14. Jiménez, Juan Ramón, *Apartamiento: el corazón en la mano*. Libros inéditos de poesía, vol II.
15. Jiménez, Juan Ramón, "El solano", texto de la serie *Las flores de Moguer*, incluida en el libro *Por el cristal amarillo*.
16. Jiménez, Juan Ramón, "Mi padre", texto de la serie *Vida y época* incluida en el libro *Por el cristal amarillo*.
17. Jiménez, Juan Ramón, "La muerte de mi padre", relato biográfico escrito en Miami sobre su "Vida inédita" en 1939, y recogido por Francisco Hernández pinzón en "La casa-museo Zenobia y Juan Ramón en la vida y obra del Nóbel", *Actas del XV Congreso sobre Poesía Española Contemporánea*, editadas por Cristóbal Cuevas y publicadas por Anthropos, Barcelona 1990.
18. Jiménez, Juan Ramón, "Carta a Rubén Darío", *Carta, Antología*.
19. Jiménez, Juan Ramón, "Balada del desván del sol", de la serie *Baladas para después*. Francisco Garfías. *Primeras prosas*, Aguilar, Madrid, 1967.
20. Jiménez, Juan Ramón, *Adolescencia en Arias tristes*, Ed. Francisco Garfías, Aguilar, Madrid, 1967.
21. Jiménez, Juan Ramón, *Baladas de primavera*, IV.
22. Jiménez, Juan Ramón, *Baladas de primavera* VII.
23. Jiménez, Juan Ramón, *Jardines Lejanos*. Prólogo de Ignacio Prat. En *Hª y Crítica de la Literatura española* dirigida por F. Rico y V. García de la Concha, Barcelona, 1985.
24. Jiménez, Juan Ramón, *Libros de amor*, en su sección II titulada "lo feo".
25. Guerrero Ruiz, Juan "Juan Ramón de viva voz", vol II, *Pre-textos*, Valencia, 1999.
26. Textos inéditos de Juan Ramón Jiménez. Suplemento cultural de *ABC*, 12-03-1997.